ridad y eficacia todas las leyes contra los católicos disidentes, desterrar algunos curas condenados por los tribunales y no permitir en adelante la presencia de sacerdotes católicos en la corte. Al parecer quería aventajar en celo para las reformas y en intolerancia extremada á los más radicales é intolerantes puritanos. El Parlamento no sabía cómo expresar su alegría por este mensaje.

Una semana después, el 23 de febrero, despidióse el rey en Dover de su esposa, que se embarcó con su hija. En su acompañamiento iba su sobrino, el príncipe Ruperto del Palatinado, cuyo ardiente deseo de desenvainar la espada contra el Parlamento tardó todavía algún tiempo en realizarse. Carlos I por su parte se dirigió con sus hijos, el príncipe de Gales y el duque de York, á Greenwich, tomando desde allí el camino del Norte. Cuanto más se alejaba de Londres, tanto más atrevido era su lenguaje respecto del Parlamento y tanto más enérgica fué su resistencia á la gran cuestión que ya hacía semanas se discutía: la cuestión de la milicia. El que no quisiera cerrar los ojos á la luz, debía convencerse de que era inevitable la lucha con las armas. El rompimiento entre el Parlamento y el rey se había verificado ya, aunque durante varios meses se trató de recomponer las diferencias; había empezado ya la guerra civil, aunque no se había disparado ningún cañonazo.

ALFREDO STERN.

Oliverio Cromwell, de un busto en mármol atribuído á Bernini

OLIVERIO CROMWELL

SU VIDA Y SU CARÁCTER

POR ARTURO PATERSON

CAPITULO PRIMERO

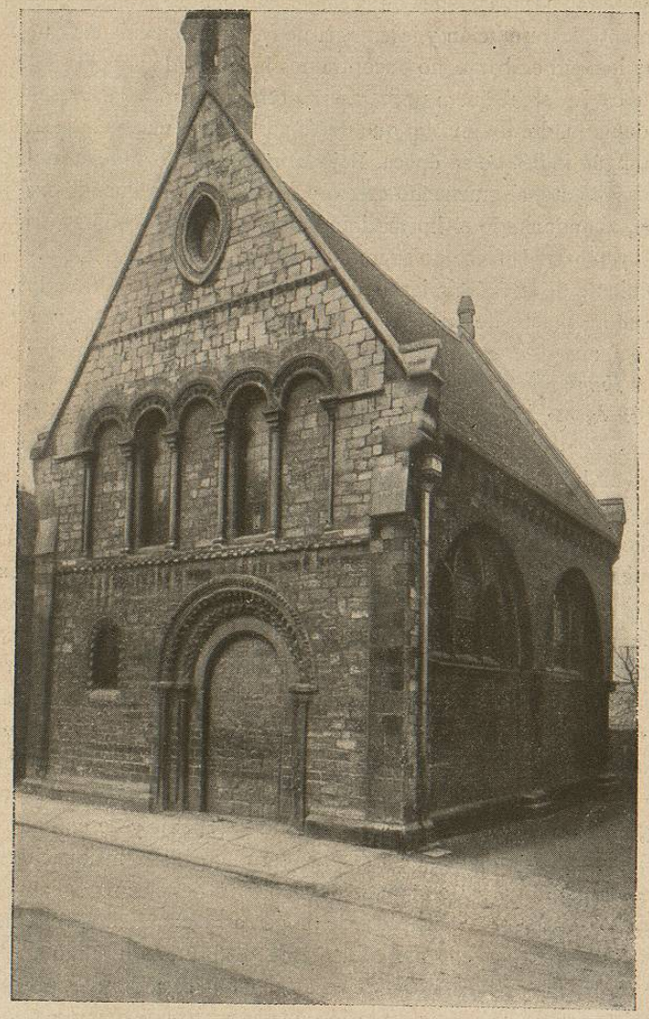
Ha sido inveterada costumbre de los biógrafos introducir á sus héroes en escena por una serie de anécdotas de su primera juventud, cuidadosamente elegidas, y que, auténticas ó no, contienen todas algún presagio notable de su futura grandeza. Buen ejemplo de ello es Cromwell, que por este concepto pudo quejarse con más motivo que muchos de los demás hombres notables, pues no solamente no son verdaderas ni favorables las historias que de él se refieren y que han sido transmitidas religiosamente hasta nosotros de generación en generación, sino que ni siquiera tienen la gracia de ser características. Y la explicación de esto es bien obvia: de todos los hombres públicos que inspiraron odio rencoroso entre las altas clases de la sociedad, Cromwell fué aquel á quien menos comprendieron sus amigos. Para el bien y para el mal, y sobre todo para este último,» sus hechos no han sido interpretados con acierto, ni aun por historiadores de reconocida imparcialidad. Era hombre incomprensible para sus contemporáneos; sus sucesores le calumniaron desapiadadamente, y á todos infundió recelo.

En tales circunstancias, toda tradición relativa á su juventud, á menos de estar apoyada por una evidencia incontestable, no puede aceptarse sino á beneficio de inventario, y como no hay recuerdos bastante fidedignos para probar la verdad de las historias que han circulado acerca del «cervecero de Huntingdon,» y atendido á que todas son por demás triviales cuando no evidentemente absurdas, no mancharemos la memoria de un gran hombre, ni cansaremos tampoco á nuestros lectores repitiéndolas (1).

Mejor es, á nuestro modo de ver, buscar en la infancia de Oliverio á la luz de los posteriores acontecimientos, y tomando los pocos hechos de que estamos seguros respecto á su hogar y su familia, imaginar cuál fué su juventud. Cromwell nació en Huntingdon el 25 de abril de 1599; su familia, entre cuyos antepasados se contaba el célebre ministro de Enrique VIII, el «martillo de los monjes,» era originaria del país de Gales, pero se hallaba establecida en el condado de Huntingdon desde la gran secularización de los conventos, y si bien los Cromwells no supieron adquirir una posición tan brillante como otros advenedizos de la época de los Tudores, eran muy considerados entre la nobleza campesina de los alrededores y tenían una posición regular. Roberto Cromwell, padre de Oliverio, se casó con Isabel Estuardo, cuyo árbol genealógico se enlazaba con el de la familia real de Escocia, y guiado por los consejos de su mujer aumentó considerablemente sus bienes de fortuna. Según era costumbre en aquellos tiempos, fabricaba él mismo la cerveza necesaria para los usos domésticos y para los criados, y esto fué bastante para que en las sátiras realistas se dijera que el Protector «Cabezudo de nariz roja» era «hijo de un cervecero.» El joven Oliverio fué criado, lo mismo que sus muchos hermanos, con severidad puritana. Debió ser un muchacho robusto, de una fuerza física superior á la ordinaria, y aficionada á servirse de ella; pero de carácter pacífico, bondadoso con los pequeños y los débiles, tolerante para todos, aunque suspicaz algunas veces, cuando se le provocaba á dejarse llevar de la cólera, que sus compañeros consideraban sin duda injusta. Era un muchacho de gran energía, capaz de aprender bien y pronto cuando se empeñaba en ello; pero probablemente no se podía

(1) Sólo en los escritos é investigaciones históricas del siglo XIX se hace justicia á Oliverio Cromwell. Hace pocos siglos que la idea general era que Cromwell no había sido más que un hipócrita y un tirano, dotado de algunas cualidades para el mando. Todo lo que sus enemigos habían dicho de él se aceptaba como cosa digna de crédito; torys y whigs se apartaban de su figura con desprecio ó miedo. A Tomás Carlyle se debe en gran parte la destrucción de estas antiguas preocupaciones: su obra en varios tomos *Oliver Cromwells*, *Letters and Speeches with elucidations*, publicada primero en 1845, pero de la que se han hecho posteriormente otras ediciones, si bien no está libre de cierto apasionamiento por el héroe y hace una impresión rara por el modo de exponer del autor y por la libertad poética que se toma de mezclar las declaraciones de su héroe con sus propios juicios, da á conocer por completo la importancia del general puritano y del hombre de Estado por medio de sus cartas y de sus discursos. Una colección de estos documentos, que David Hume profetizó sería «uno de los libros más insensatos del mundo,» ha sido, por el contrario, el más importante monumento levantado á la memoria del hombre por tanto tiempo desconocido. —*(N. del T.)*

confiar siempre en su aplicación al trabajo. Muy descuidado en su manera de vestir, tenía formas pesadas, facciones vulgares y ojos sin expresión. En rigor era



Escuela pública. Hospital de San Juan, fundado por el conde Huntllden
Aquí se educó Cromwell, bajo la dirección del Dr. Beard

un problema para el maestro de la escuela á que asistía, el reverendo doctor Beard, de Huntingdon.

Oliverio tuvo la ventaja de que su madre fuera una mujer excelente; nadie que sepa apreciar la importancia que esto tiene y que haya visto el magnífico retrato de la señora Cromwell, ahora en posesión de la señora Steward de

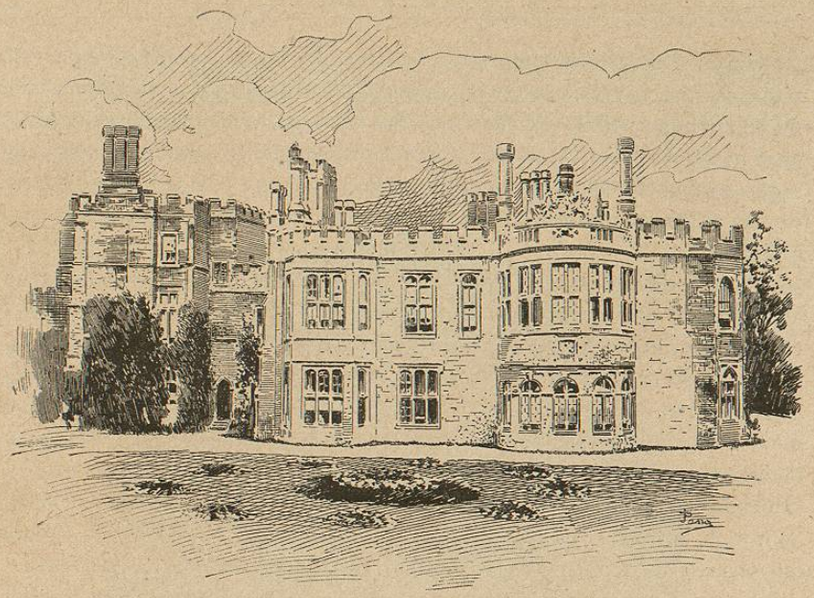
Leamington, tendrá dificultad en creer en la firmeza de principios de Cromwell y en la pureza de su vida privada.

En ese retrato, las facciones de la mujer, aunque de avanzada edad, revelan marcadamente la resolución y la energía de carácter, cualidades que heredó el hijo, en quien, sin embargo, no encontramos la viveza de los ojos de la anciana, que atenuaba la dureza que á primera vista ofrecía su mirada. La señora Cromwell era digna madre de un hijo que debía sostener la más pesada carga que recayó en ningún inglés de su época. Bajo la influencia de aquella mujer, á quien amaba tiernamente, el muchacho creció y se desarrolló; y cuando sus hermanas se casaron, abandonando el hogar doméstico, la anciana señora permaneció al lado del joven hasta la fecha de su muerte, acaecida en 16 de noviembre de 1654. Al día siguiente de su fallecimiento, el secretario de Cromwell, Thurloe, escribía:

«La señora madre de mi jefe murió anoche á la edad de noventa y cuatro años, y poco antes de expirar dió la bendición á su hijo con estas palabras: *Que el Señor te ilumine y te permita hacer grandes cosas para su mayor gloria y en beneficio de su pueblo. Querido hijo mío, mi corazón está contigo. ¡Adiós!*»

Hermosas palabras, dignas de ser meditadas si quisiéramos conocer el carácter íntimo del hijo. Su madre no era una mujer débil; su esposo, Roberto Cromwell, murió cuando el futuro Protector contaba sólo diez y ocho años, dejando una familia de ocho hijos, con un patrimonio de 300 libras en aquel tiempo, equivalentes hoy á 900, consistente sobre todo en tierras y que debió exigir una cuidadosa administración. No hay pruebas evidentes respecto á la manera como vivió la familia hasta que Oliverio, llegado á la edad de veintiún años, se casó y condujo á su esposa á Huntingdon; pero se sabe positivamente que todas sus hermanas se casaron bien, cosa sumamente difícil de conseguir en aquellos días, á menos de que las jóvenes tuvieran buen dote. También es indudable que siendo Isabel Bourchier, la joven esposa de Oliverio, hija de un magistrado, no habría obtenido de ningún modo la venia de su padre para unirse con un hombre que hubiera gastado su patrimonio en una vida de libertinaje y desenfreno.

Sin embargo, los antiguos biógrafos se permiten hacer insinuaciones malignas sobre este punto, y hasta algunos descienden á detalles repugnantes, que ni siquiera debemos recordar. Cuanto más de cerca se examinan las circunstancias de la juventud de Cromwell, más evidentemente absurdos resultan ser los cuentos sobre sus vicios y calaveradas. Se educó en una casa donde las costumbres eran morales y sanas, y bajo la dirección de una madre de carácter severo, pero afectuosa. A los diez y seis años ingresó en el colegio de Sussex, en Cambridge; pero al fallecer al cabo de poco tiempo, su padre hubo de volver á su casa por exigirlo así la conveniencia de su madre viuda y de sus hermanas, pues era el único varón de la familia. Semejantes crisis ponen á prueba las personas de carácter enérgico á la vez que afectuoso; y la suposición de que Cromwell se emancipó de la potestad materna para entregarse á la disipación, no tiene nada de probable. En el resto de su vida, nadie dijo la menor cosa contra su moralidad;



Casa solariega de la familia de Cromwell. Ahora residencia de los condes de Sandwich

Casa en donde nació Oliverio Cromwell el 25 de abril de 1599
Reedificada en parte y convertida actualmente en convento de los Agustinos de Huntingdon

y además, si no hubiera observado buena conducta, su madre se habría visto reducida á la pobreza, cosa que no sucedió á sus hermanas, como hemos dicho, que no habrían podido casarse nunca. Sin embargo, lo más significativo de todo es el hecho de haber contraído Cromwell matrimonio á los veintiún años, ingresando en una familia puritana que les conocía bien á él y á los suyos. Esto basta para refutar cuanto se diga en contrario, si hay alguien seriamente dispuesto á decirlo.

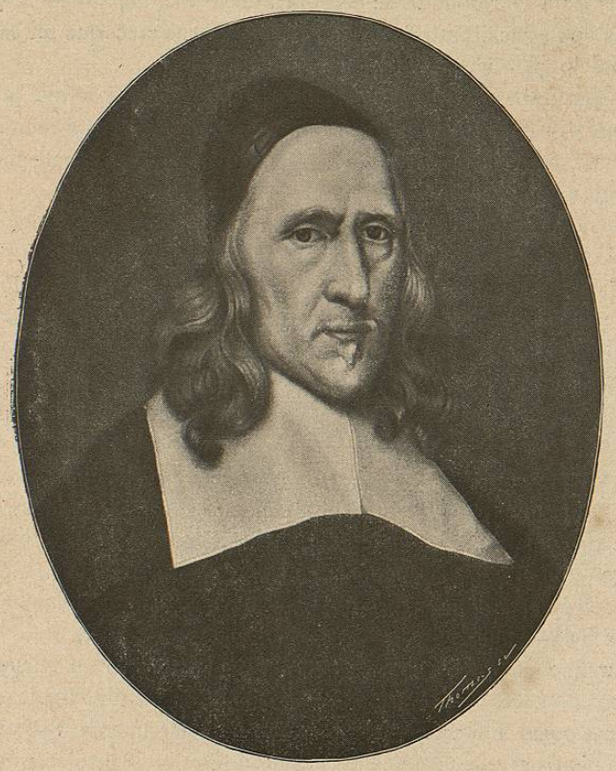
Por su posición social, Cromwell, como es bien sabido – aunque cuesta mucho desterrar una falsa tradición – pertenecía á lo que vulgarmente llamamos «la clase media superior,» si bien no le avergonzaba dedicarse á los trabajos de la agricultura en su propia tierra, ir al mercado para hacer sus compras, y hasta permitir cierto grado de intimidad á sus labradores, lo cual se le censuró desdeñosamente. Sin embargo, su padre era hijo menor de una antigua casa, y su escudo de armas, tan bueno como el de la más orgullosa familia de la actualidad. En Hinchinbrock, la antigua y majestuosa mansión, perteneciente hoy al conde de Sandwich, habitaba el tío y tocayo del futuro Protector, Sir Oliverio Cromwell, que vivía en la opulencia y era Caballero del Escudo; mientras que Roberto, el padre del joven Oliverio, parece haber sido un buen tipo del hidalgo puritano de la época. Era hombre de buen criterio, bastante instruído y de claro talento, pero sin ambición; muy metódico en sus costumbres, distinguíase por su carácter reservado y su altivez, pero mostrábase siempre digno.

Conocemos la fecha del matrimonio de Cromwell por haber leído en el registro de la iglesia de San Gil, en Cripple Gate, el asiento correspondiente al día 22 de agosto de 1620.

«Oliverio Cromwell casó con Isabel Bourchier el 22.» Acababa de cumplir precisamente la edad necesaria para casarse, pues había nacido el 25 de abril de 1599.

Los dos consortes eran muy jóvenes y tuvieron muchos hijos; y lo mismo en la riqueza que en la escasez, siempre fueron fieles uno para otro hasta la hora de su muerte.

Sin embargo, nos parece muy dudoso que la hija del magistrado fuese propia, por su carácter ó por sus ideas, para ser digna compañera de Cromwell y prestarle el apoyo y consuelo que, á pesar de su energía, tanto necesitaba como hombre afectuoso é impresionable. Indudablemente, la señora Cromwell era una mujer astuta, de ojos extremadamente vivos y espíritu suficiente para hacer observaciones á su esposo cuando éste no llenaba sus deberes á satisfacción suya; pero en punto á simpatía y á desinteresado afecto, su influencia parece haber sido limitada. Esto influyó tanto en el carácter de Cromwell, que bien vale la pena de reproducir una carta, típica entre otras, de las que se han encontrado y que su esposa le escribió en diciembre de 1650. La campaña de Escocia tocaba á su término; se había librado la batalla de Dunbar tres meses antes; el castillo de Edimburgo se había rendido una semana después, y en Inglaterra circulaban por todas partes los relatos de las victorias del Lord general. Sin embargo, Cromwell estaba oprimido bajo el peso de sus inquietudes y se sentía enfermo. Carlos II tenía aún su corte en Stirling; la parte de Escocia que se extendía al Norte del Firth aún no estaba conquistada; los gastos para proveer al ejército inglés de todo lo necesario eran enormes y el dinero escasea-



Roberto Cromwell, padre de Oliverio Cromwell
De un cuadro de Roberto Walker, que se conserva en la colección del duque de Sandwich

ba mucho en todas partes. Lo peor de todo era que comenzaba á molestar mucho á Cromwell una calentura intermitente que más tarde estuvo á punto de costarle la vida. Ya en el mes de septiembre escribía á su esposa, diciéndole que «los achaques de la edad le agobiaban.» La señora Cromwell debió saber, por lo tanto, que la vida de su esposo distaba mucho de ser agradable y que la obra que había de llevar á cabo se prolongaba de día en día. Teniendo esto en cuenta, la carta suya que transcribimos quiere decir mucho (1).

(1) Carlyle, parte VI, pág. 247

«Cockpit, Londres, 27 de diciembre de 1650.

»Querido esposo: Me extraña que me censures por no escribirte más á menudo, siendo así que por cada tres cartas mías recibo una tuya, lo cual me hace pensar que se han extraviado. Conozco muy bien mi corazón, y sé que me olvidaría de mí propia antes que dejar de consagrarte mi pensamiento, pues debo hacerlo así para corresponderte; pero cuando te escribo, amigo mío, rara vez recibo una contestación satisfactoria, lo cual me hace creer que mi carta no merece el aprecio que debiera.

»Me alegra saber que deseas verme; pero me someto á lo que la Providencia dispone, esperando que el Señor que nos separó y volvió á reunirnos varias veces, lo hará de nuevo cuando lo juzgue oportuno para que ensalcemos su nombre. Mi vida sólo es ciertamente media vida estando tú ausente.

»Quisiera que pensases en escribir algunas veces á tu buen amigo el Jefe de Justicia, á quien con frecuencia te he recordado; y á decir verdad, si te ocuparas un poco de lo que te recomiendo, escribirías algunas veces al Presidente y al *Speaker* (orador). No puedes imaginarte cuánto te perjudicas por no enviar una carta, aunque fuera sólo de cuando en cuando. Piensa en esto, y en tu fiel y afectuosa

»ISABEL CROMWELL.»

Esta es una buena carta á pesar de sus faltas gramaticales; pero debemos recordar que la mujer de aquella época, con muy raras excepciones, deletreaba y escribía abominablemente el inglés. La misiva es digna de estudio para los que quieren comprender la conducta de Cromwell en su vida privada. Ciertamente se revela afecto en ese escrito; pero no se encuentra el menor indicio de ternura, ni nada de esa simpatía que el marido debía esperar.

Cromwell, como se ha dicho, estaba ocupado sin cesar en el cumplimiento de enojosos deberes y en el más duro trabajo, pues las dificultades y peligros, así políticos como militares, exigían su atención diariamente. Sin embargo, su esposa no piensa al parecer en ello, puesto que escribe la insolente observación: «Rara vez recibo una contestación satisfactoria, lo cual me hace creer que mi carta no merece el aprecio que debiera.» Esto es propio de una mujer de espíritu mezquino, buena, sincera é inteligente sin duda, pero poco cariñosa y de carácter frío. Para reconocer la diferencia entre su carácter y el de Cromwell basta leer una carta de éste, fechada el 3 de mayo, una de las dos que escribió en el intervalo de un mes.

«*A mi querida esposa Isabel Cromwell, en Cockpit.*

»Edimburgo, 3 mayo de 1651.

»Querida esposa: No he podido dejar pasar en blanco este correo, aunque poco tengo que decirte; pero me complace escribir á mi amada, á la mujer á

quien tengo en el corazón. Me alegra saber que el Señor te prodiga sus favores cada vez más, y lo mejor que puedes desear es que te ilumine, porque esto vale más que la vida. Dios te bendiga por todos tus buenos consejos, y por el sano ejemplo que das á los que te rodean, y escuche todas tus oraciones y las atienda siempre.

»Me satisface saber que nuestros hijos están contigo, y espero que sigas

Isabel Steward, madre de Oliverio Cromwell
De un cuadro de Roberto Valker, que se conserva en la colección del duque de Sandwich

guiándolos por el buen camino. Cariñosos afectos á mi madre y á toda la familia, y tú ruega por tu esposo

»OLIVERIO CROMWELL.»

El hombre que escribió esto encerraba en su corazón un tesoro de ternura y debió sufrir mucho al ver que no era correspondido.

Respecto á la vida de Cromwell en el primer tiempo de su matrimonio, nada sabemos en detalle; pero hay pruebas auténticas de que á los pocos años se vol-